

# Kid Chocolate y los otros

*Para Sarvelio del Valle, que lo  
sabe casi todo de esta historia.*

COMO SUCEDE CON EL BÉISBOL, LA HISTORIA DEL BOXEO cubano está definitivamente marcada por sus lazos con Estados Unidos. En un trayecto que cumple apenas sus primeros noventa años de impetuosa fecundidad, el pugilismo cubano puede vanagloriarse de un incomparable aval de triunfos y figuras descollantes, cuyas coordenadas hay que buscarlas también en la estrecha relación que desde muy temprano afianzó con el mundo boxístico norteamericano.

Si en la primera mitad del siglo Estados Unidos fue para los boxeadores cubanos el destino natural para probar sus facultades competitivas al máximo y pactar las memorables peleas de fama y dinero, la etapa de supresión del profesionalismo y caudaloso respaldo al boxeo aficionado que se abre con la llegada al poder de la revolución de Fidel Castro, no ha podido prescindir de la referencia, el culto y la confrontación —sobre el ring y desde la propaganda— con los peleadores y los equipos del país vecino. Por afinidades culturales y discrepancias políticas, Estados Unidos ha seguido siendo en estos años el país-obsesión a derrotar en pelota y boxeo, a pesar de los avances ostensibles de los peloteros asiáticos o las escuadras europeas, con la extinta Unión Soviética a la cabeza. En su carrera como campeón absoluto (amateur) de los pesos completos, Teófilo Stevenson podía permitirse perder dos veces con el soviético Igor Visotki, pero hubiera sido intolerable que no aniquilase a cuanto mediocre superpesado norteamericano se le enfrentó durante su reinado de más de 20 años.

La república que se estrena en 1902 nace con una febril apetencia de modernidad y progreso. El orgullo de «lo cubano» se arraiga en una voluntad de iniciativas, de pruebas superadoras que hagan valer la pertenencia a un espíritu nacional, es decir, a un virtuosismo propio. A diferencia

de otros deportes de élite vinculados a cierta «exclusividad de casta», la pelota y el boxeo calaron rápidamente en la afición popular en la medida que demandaban la concurrencia de grandes grupos humanos y, de alguna manera, lograban borrar las latentes desigualdades sociales del panorama nacional. En edades tempranas, la seducción por el piquete de barrio en variantes infinitas sólo es comparable con la riña callejera, a puño limpio y hasta por puro divertimento, en cualquier esquina. Por demás, el boxeo significaba, por antonomasia, el triunfo de la fuerza física y la habilidad de un hombre frente a otro, una apoteosis de virilidad que muy gustosamente encajaba en la idiosincracia del cubano. Como advierte sobre la época Willy del Pino en su *Enciclopedia del Boxeo Cubano*, «de alguna manera debían manifestarse los sentimientos, y ello se hacía por parte de una gran mayoría mediante un ciego fanatismo por los equipos de béisbol, o individualmente por peloteros o boxeadores».<sup>1</sup>

Dos hechos resultan fundacionales para la germinación y auge del boxeo en la isla. En 1910, un chileno llamado John Budinich, quien se había formado y había hecho carrera boxística en los Estados Unidos, llegó a La Habana ofreciendo sus servicios como instructor de defensa personal y se decidió finalmente por abrir una academia de boxeo, con el patrocinio del aristocrático Vedado Tennis Club. En su afán proselitista entre los jóvenes, Budinich daba clases y hacía exhibiciones públicas, y se convirtió al mismo tiempo en promotor y protagonista de la primera pelea oficial que se efectuó en Cuba, en agosto de 1912. El combate fue pactado a ocho asaltos en el escenario del teatro Payret, donde Budinich invitó a enfrentársele al peso welter norteamericano Jack Ryan.

El resultado no pudo ser más desastroso para el profesor chileno, que fue noqueado en dos asaltos. Más temprano que tarde, Budinich desaparecería de la palestra en 1915 tras otro nocaut espectacular que le propinó John Lester Johnson, pero ya su misión estaba cumplida como el pionero del boxeo en Cuba. Su semilla comenzaba a alumbrar prometedores entusiasmos a nivel de la población habanera. Los que se alistaban en el deporte de los puños organizaban veladas en sus propias casas, a las cuales llamaban «fiestas» por su carácter familiar o amistoso. La popularidad del boxeo era ya tangible en la capital y en poblaciones de provincia, a tal punto que en 1912, cuando se produce la insurrección armada del Movimiento de Independientes de Color, se dicta un decreto presidencial para disponer la suspensión de las peleas boxísticas. El argumento expuesto por el decreto se sostenía en impedir que tuvieran lugar alteraciones del orden público cuando se realizaran combates entre blancos y negros, a raíz de los agudos conflictos raciales que habían asomado —y habían sido aplastados brutalmente— en la región oriental del país.

<sup>1</sup> Del Pino, Willy: *Enciclopedia del Boxeo Cubano*. Impreso en los Talleres de Continental Printing, Miami (EE.UU), 1988, p. 13.

Pero si una disposición oficial había sido suficiente en 1900 para arrancar las corridas de toros del panorama deportivo cubano,<sup>2</sup> con el boxeo no resultó así. El entusiasmo había prendido entre pugilistas, promotores y fanáticos. El decreto fue quedando en letra muerta mientras que, con mayor o menor grado de clandestinidad, el naciente boxeo criollo se lanzó a buscar sus primeros campeones nacionales, según el *ranking* por divisiones, establecido a juicio de Budinich. Los cuadriláteros de estas fiestas pugilísticas —desarrolladas entre 1912 y 1915— estuvieron situados lo mismo en la sala de una casa habanera que en el escenario del cine Actualidades, en la Habana Vieja. Del Pino apunta que en muchas de estas fiestas de campeonato «los promotores eran los mismos boxeadores y lejos de obtener algún dinero, tenían que disponer de unos cuantos pesos para comprar refrescos y obsequiar a los invitados que se aventuraban a asistir».<sup>3</sup>

No fue hasta comienzos de 1915 que un norteamericano, George Bradt, director y dueño del diario habanero *Havana Post*, construye el primer local para peleas de boxeo en Cuba. Bautizado como The Stadium, allí se presentaron prominentes estrellas del pugilismo de Estados Unidos, pero su existencia fue efímera y de ahí el mote popular de «Castillo de Naipes».

El otro hecho significativo en la alborada del boxeo nacional proviene directamente del escenario norteamericano. El cronista Julio Ferreiro Mora lo llama «el acontecimiento que pone fin a la prehistoria del boxeo cubano».<sup>4</sup> El 5 de abril de 1915 el flamante campeón negro de los pesos pesados, Jack Johnson subió al cuadrilátero del hipódromo Oriental Park, de Marianao, para enfrentar al retador, el mastodonte Jess Willard. El combate estaba pactado a 45 asaltos, pero en el 26 ocurrió el farsesco incidente que plasman libros y revistas: Jackson, superior en todos los sentidos, simuló un nocaut para obtener «el perdón de la justicia» que le prometían los promotores racistas de la pelea. La imagen ha quedado como bochornoso paradigma del combate amañado: tendido en la lona, Johnson se tapa con un brazo los ojos para protegerse del implacable sol de esa tarde, mientras Willard lo observa con una mirada más incrédula que satisfecha.

La circunstancia de que Johnson estaba siendo reclamado por los tribunales norteamericanos,<sup>5</sup> propició la celebración del combate en La Habana, que desde ese momento se situó entre las grandes capitales del mercado boxístico internacional. Por otra parte, dentro de Cuba se hizo evidente una fiebre por el boxeo que contagió a todos los estratos sociales. Se multiplicaron las carteleras

<sup>2</sup> Recordemos que durante la intervención norteamericana, el gobernador militar Leonardo Wood decretó la suspensión de las corridas de toros en la isla, donde gozaban de gran popularidad. Los más afamados toreros españoles hacían por entonces temporadas en La Habana, de paso hacia México.

<sup>3</sup> Del Pino, Willy, op. cit., p. 15.

<sup>4</sup> Ferreiro Mora, Julio: *Historia del boxeo cubano*. Selecta Enterprises, Miami (EE.UU.), 1978, p. 12.

<sup>5</sup> Johnson, casado con una mujer blanca, enfrentaba entonces una condena bajo cargos de «trata de blancas».

a lo largo de todo el país, se abrieron nuevas salas y espacios, y hasta los dueños de teatros y circos —como el Santos y Artigas— vieron en ello una nueva posibilidad de atraer al público, que también comenzaba a llegar en avalanchas turísticas desde el vecino país del norte. Alentados por un negocio que prometía grandes rendimientos surgieron improvisados promotores y *managers*. Por iniciativa de algunos empresarios surgió así el Havana Boxing Committee, que dio rienda suelta a la importación de boxeadores foráneos, principalmente norteamericanos, durante la fastuosa temporada de 1920.

El boxeo había logrado legitimidad institucional en 1921, con la creación de la Comisión Nacional de Boxeo y Lucha, el primer organismo que reglamentó el ejercicio del pugilismo tanto en el sector aficionado como en el profesional. La Comisión fue la respuesta oficial al contagio boxístico que involucraba a los más prestigiosos clubes de recreo de la capital y se extendía velozmente por todo el país. Ni la Universidad de La Habana pudo sustraerse por entonces de organizar un torneo boxístico de aficionados, en 1923.

Las primeras competencias reglamentadas tuvieron como escenario la Arena Colón, un anfiteatro deportivo situado en la intersección de las calles Zulueta y Dragones, en La Habana. Y es en este sitio donde con absoluta propiedad debiera situarse el punto de partida de la historia del boxeo cubano. De los torneos anuales que organizó allí el diario *La Noche*, surgió como titular de las 75 libras, en 1922, un precoz peleador de sólo 11 años, gloria del deporte cubano de todos los tiempos: Eligio Sardiñas, «Yiyi» para sus amigos y vecinos del Cerro; Kid Chocolate para el mundo.

## I

—«Quiero pelear en el Madison Square Garden y ver un juego de pelota en el Yankee Stadium o en el Polo Grounds», proclama el joven Eligio Sardiñas cuando le preguntan sobre sus ambiciones personales.

Tras una impecable trayectoria como amateur (invicto en 100 combates, 86 de ellos ganados por ko) y un record profesional de 21 peleas, todas ganadas por la vía rápida, Chocolate está listo para consagraciones mayores de la mano de Luis Felipe «Pincho» Gutiérrez, uno de los promotores de más olfato y tenacidad en la época, quien ya estaba enfrascado en la representación de púgiles cubanos en Nueva York.

Pincho se había lanzado a la aventura de mantener permanentemente una escuadra cubana de boxeadores en Nueva York, Meca del boxeo profesional. Decidió apostar por Chocolate luego que éste le diera dos soberanas palizas a uno de sus apoderados, Johnny Cruz, quien había regresado a la isla con título de campeón metropolitano del estado neoyorquino.

En *The Ring*, la Biblia boxística editada por Nat Fleischer, aparece como fecha de nacimiento de Chocolate el 6 de enero de 1907. En realidad el error de Fleischer es relativo. Chocolate aparece inscrito en esa fecha por obra y gracia de Pincho Gutiérrez, quien le «rectifica» la edad en el juzgado de San Isidro, entre Compostela y Picota, para poder emprender viaje a Nueva York.

Chocolate sale a cumplir su sueño con 18 años, pero en los papeles constan 21, que era la edad requerida en la Gran Manzana para poder combatir más de ocho asaltos profesionales.

Pincho y Chocolate hicieron las maletas rumbo a Estados Unidos el 22 de junio de 1928 con resuelto paso de triunfadores. Se instalaron en Harlem y junto a otro grupo de jóvenes peleadores cubanos, iniciaron el entrenamiento en las Arenas Saint Nichols. Pero Pincho no logró esta vez conseguir peleas tan fácilmente y el dinero comenzó a escasear. El 1 de agosto de 1928 y por puro azar —debido a la enfermedad de última hora del rival de Eddie Enos—, Chocolate pudo hacer su debut en Nueva York, en un campamento militar situado en Long Island. Esa noche aceptó pelear por sólo 50 dólares, pero la demostración de silbidos con el nocaut que le propinó a Enos, es más significativa que la compensación económica de la jornada. El mito del gladiador cubano comenzaba a tejerse.

El 30 de noviembre de 1928 sube al cuadrilátero del Madison Square Garden frente a Joe Scalfaro y de allí marcha indetenible hacia la cumbre. La primera oportunidad que disputa el título de los ligeros junior (125 libras) es despojado del triunfo frente a Batling Battalino en medio de un atronador abucheo de 14,000 personas en el Garden. Pero el 15 de julio de 1931, en Filadelfia, conquista de manera rotunda el trono de la división, con un espectacular nocaut frente a Benny Bass.

Tony Canzoneri le quita la faja cinco meses después en otro injusto veredicto de los jueces, pero Chocolate no decae. El 13 de octubre de 1932, en Nueva York, pone fuera de combate en doce asaltos a Lew Feldman, revirtiendo lo que parecía una segura derrota con la determinación que sólo pueden cumplir los grandes. El célebre cronista Damon Runyon comenta: «Kid Chocolate ha sido dotado de un atributo sobrenatural».

Con sendos títulos mundiales, Chocolate adquiere categoría de ídolo nacional, abriendo un camino —y un mito— de hegemonía criolla entre las 12 cuerdas. Decenas de campeones mundiales cubanos, seis en el profesionalismo y más de 40 titulares de campeonatos del orbe y Olimpiadas en el boxeo aficionado, son deudores de la excelencia que el Kid inauguró con sus puños en las primeras décadas del siglo.

Sin embargo, su carismática figura trasciende el marco estrecho del cuadrilátero y el rotundo impacto de las estadísticas. Junto a otros dos grandes triunfadores en tierras norteamericanas, el estelar lanzador Adolfo Luque, inmenso en la campaña de 1923 con los Rojos del Cincinnati, y José Raúl Capablanca, campeón mundial de ajedrez entre 1921 y 1927, Chocolate encarna la voluntad emprendedora de la joven república en momentos en que, al decir de Jorge Mañach, la sociedad cubana atravesaba una «crisis de ilusión», atrapada en penurias económicas y tropelías políticas.

La exaltación de Chocolate sobreviene, por tanto, en una época de maduración del pensamiento intelectual en la isla. Su condición de hombre negro, virtuoso y triunfador, sería otra señal confirmatoria para una avanzada de intelectuales y artistas dispuestos a replantearse el lugar asignado hasta entonces al componente africano en la configuración de nuestra cultura.

El discurso de la renovación nacional, enarbolado desde comienzos de los años 20 por grupos e instituciones, se sustentó en la reasimilación de los valores autóctonos, entre ellos el elemento negro, que había sido tradicionalmente visto como un factor de extrañamiento de lo cubano. La «Oda a Kid Chocolate», de Nicolás Guillén, uno de los precursores del afrocubanismo, resume esa necesidad de potenciar a un sector de la población cubana ninguneado desde la época colonial y que había comenzado a mirarse y escucharse de otra manera en los lienzos de la pintura moderna y en las composiciones de la música de vanguardia, con Amadeo Roldán y Alejandro García Caturla a la cabeza: *Y ahora que Europa se desnuda / para tostar su carne al sol, y busca en Harlem y en La Habana / jazz y son / lucirse negro mientras aplaude el boulevard, / y frente a la envidia de los blancos / hablar en negro de verdad.*

Las fotos de Chocolate desnudo hicieron época en la medida en que su mito se agigantaba. El cubano había logrado paralizar el tráfico en Broadway, como Rodolfo Valentino y Babe Ruth, en una suerte de desagravio público por la votación indebida que dio vencedor al inglés Jack Kid Berg, en 1930. Fue proclamado el hombre mejor vestido del mundo por una revista de Europa, aventajando en el concurso al ídolo cinematográfico George Raff, al Príncipe de Gales y al alcalde neoyorquino Mickey Walker, que presumía de su impecable compostura.

«El boxeo soy yo», había exclamado orondo tras una de sus victorias. A los 22 años, sintiéndose como «un negrito de cara fácil, que caía bien lo mismo entre los blancos que entre los negros, y con suerte para las mujeres», Chocolate se deja arrastrar por los seductores laberintos del placer y la vida a todo dar. Pachanguero y dadivoso, halagado hasta por Carlos Gardel en Montmartre, su fama le llegó incluso al guardarropas —152 trajes con todas las combinaciones posibles y 50 pares de zapatos. Los viajes a Europa terminaron por liquidarlo deportivamente, entre ríos de champaña y mujeres sin fin. Un declive demasiado anticipado para sus capacidades atléticas.

En 1938 hace tablas en La Habana contra Nick Jerome y decide colgar los guantes ante las evidencias del ocaso. Un reinado fugaz, lleno del altibajos, pero decididamente intenso. Su imagen queda en el imaginario de la nación como la de un patriarca de la destreza y el ímpetu criollos. Pero, al mismo tiempo, como una gozosa metáfora de liviandad, raro regocijo de lo cubano.

## II

Tras Chocolate, la fama de los peleadores cubanos en Estados Unidos convierte a La Habana de los años 30 y 40 en la segunda plaza boxística del mundo. La presencia de cubanos en carteleras de Nueva York, Chicago, Las Vegas o Filadelfia, y la de los norteamericanos en cuadriláteros habaneros se hace cada vez más ostensible, pero habrá que esperar 19 años para que otro cubano logre coronarse campeón mundial. El camagüeyano Gerardo González, Kid Gavilán, subiría al trono de la división welter (147 libras) el 18 de mayo de 1951. Tenía 25 años.

Sin el depurado estilo de Chocolate, pero con gran velocidad de movimientos y una capacidad de resistencia desconcertante, Gavilán llegó a la cima derrotando por decisión a Johnny Bratton, en un combate de 15 asaltos. Su primacía duró poco, pues el 20 de octubre de 1952 cayó víctima de un fallo mezquino ante Johny Saxton en Filadelfia.<sup>6</sup>

Poco después de su comienzo ante los aficionados cubanos, Gavilán será otro de los que se apresurará a probar fuerzas en Estados Unidos, en 1946. Su inteligencia y audacia sobre el ring cautivaron a los magnates del boxeo rentado y pronto subiría los peldaños hacia los combates por el título mundial.

En una foto de 1949 tomada en Monticello, estado de Nueva York, aparecen sonrientes Chocolate y Gavilán, quien se preparaba por entonces para una de sus memorables batallas contra Ray Sugar Robinson, la del 11 de julio de ese año en Filadelfia. Chocolate acepta asesorar los entrenamientos y aprovecha para visitar sus días de gloria en Nueva York, con la complicidad de viejos amigos. La ocasión le permitirá también un sorprendente reencuentro con Sugar Robinson, quien lo invita a su lujoso restaurante de Harlem para gratificar al cubano.<sup>7</sup>

La leyenda de Gavilán en el boxeo contemporáneo está erigida sobre el pilar de la resistencia, de sostenerse en pie a pesar del calibre de la embestida rival. Una resistencia que se mitologiza en sus dos peleas contra Sugar Robinson, considerado el mejor welter de todos los tiempos y acaso el peleador más completo de la historia boxística.

La demostración de su excepcionalidad se advierte a primera vista reparando las cifras. En una carrera de 143 peleas, todas sus derrotas (30 en total) fueron por decisión. Ningún adversario logró ganarle por nocaut y sólo cayó a la lona en cuatro ocasiones. Sus combates más recordados son los dos que perdió con Sugar Robinson, pactados a 10 y 15 asaltos, respectivamente. El propio púgil norteamericano se encargaría de validar esa cualidad de su oponente durante una entrevista televisiva, poco después del enfrentamiento de 1950 en Filadelfia.

—¿No le asombró a Usted que Kid Gavilán no cayera con esa derecha? —le preguntó el reportero al campeón, en referencia a uno de los golpes claves del combate.

—Lo que me hubiera extrañado hubiera sido que cayera...

Hacia el final de su carrera, empañada un tanto por promotores poco calificados y mezquinos intereses de un mercado donde la mafia había impuesto

<sup>6</sup> Valga señalar que una de las peleas que realizó entonces en defensa de su título, enfrentando a Bobby Dyke, el 4 de febrero de 1952 en el Miami Stadium, sirvió para poner fin a la *color line*, odiosa prohibición que permanecía vigente en el estado de la Florida y que impedía las «peleas mixtas», es decir, entre blancos y negros.

<sup>7</sup> «Por usted, viéndolo a usted, me hice boxeador y hoy tengo lo que tengo. Dígame qué necesita, en qué puedo ayudarlo», contó Chocolate que le dijo Robinson. La anécdota aparece recogida por Elio Menéndez y Víctor J. Ortega en su libro *Kid Chocolate: el boxeo soy yo* (Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1990, 2a. ed., p. 231-235).

definitivamente su doctrina, Gavilán intentó abrirse un espacio en la división mediana, pero la suerte no le acompañó. Su retiro oficial se produjo a finales de 1958,<sup>8</sup> pocos meses después de que La Habana inaugurara su flamante Coliseo de la Ciudad Deportiva, el 26 de febrero de ese año. La capital cubana vivía entonces la mayor apoteosis boxística de su historia, con carteleras semanales en las que se incluía al menos un combate estelar. Los campeones mundiales norteamericanos llegaban a La Habana para disfrutar sus placeres de gran metrópoli o a efectuar combates de exhibición que cuentan con una audiencia asegurada. Ray Sugar Robinson, Joe Louis y Sandy Saddler son nombres que en la cima de sus respectivas carreras deciden desandar la tentadora isla vecina.

Quiero volver a la mencionada foto de Monticello, en el campo de entrenamiento Grossinger, en 1949. De izquierda a derecha están Chocolate, el cronista deportivo Fausto Miranda, Gavilán y el promotor Fernando Balido, todos con amplias sonrisas. Algunos años después, los tres últimos abandonarán la isla y nunca más se encontrarán con el primero, que terminó sus días en su modesto hogar de La Habana. Pero Chocolate, hombre íntegro, no dejó que el totalitarismo de la era castrista lo inoculara con el síndrome del olvido y la negación, que ha hilvanado una larga historia de divisiones familiares y amistosas. Me gustaría imaginar que pensaba en todos ellos cuando en 1978 arrancó una foto suya de la pared de su casa para escribir la siguiente dedicatoria: «A mis hermanos cubanos que están fuera y que quiero abrazar pronto con gran emoción. Con toda sinceridad. Eligio Sardiñas / Kid Chocolate».<sup>9</sup>

### III

Otros cinco campeones cubanos alcanzan sus coronas mundiales en la diáspora, luego que el gobierno revolucionario le declarara la guerra al boxeo rentado, en la alborada de los años 60. El 23 de febrero de 1961 se crea el Instituto Nacional de Deportes y Recreación (INDER) con vistas a promover centralizadamente la actividad atlética en el país y el 19 de marzo del año siguiente la Resolución 83-A establece la erradicación del profesionalismo en el deporte en todas sus manifestaciones.

Algunos de los triunfos de los cubanos en Estados Unidos están marcados por trágicos incidentes que sirven para alimentar la propaganda castrista contra la deshumanización mercantilista del pugilismo.

El villaclareño Bernardo «Benny» Kid Paret ganó en Las Vegas el cinturón dorado de los pesos welter el 27 de mayo de 1960, con 23 años. Entonces

<sup>8</sup> Gavilán se exilió en Estados Unidos poco después de 1959 y se radicó en la ciudad de Tampa. Vive aún, recluso en un asilo de ancianos, con avanzada pérdida de memoria.

<sup>9</sup> Agradezco la confesión anecdótica al empresario cubano Bernardo Benes, que en julio de 1978 visitó la casa de Chocolate en La Habana y le pidió personalmente que enviara algún recuerdo para los cubanos de la diáspora. La foto dedicada ha sido donada por Benes a los archivos de la Colección Cubana de la Universidad de Miami.

comenzará su enconada historia con Emile Griffith, un fuerte pegador de Islas Vírgenes. Frente a Griffith expone el cetro, lo pierde y lo recupera en 1961. Pero el 24 de marzo de 1962 Griffith se desquitara arrebatándole el campeonato y la vida en el Garden. El desenlace resultó escalofriante, con culpas repartidas para el árbitro, la esquina del peleador y sus entrenadores, por forzarlo a pelear en condiciones desiguales. El cuerpo de Paret había quedado atrapado en las cuerdas y no pudo caer a la lona a pesar de la andanada de golpes a que lo sometió su contrincante. Fueron 22 rechazos sucesivos. Se le diagnosticó una laceración cerebral. Desde una funeraria del Bronx llegó su cadáver a Miami. Su viuda recibió finalmente parte de la bolsa que tocaba a Paret por la pelea.

Sólo en ocho años de carrera y con apenas 50 peleas, el corajudo Paret había cumplido tal vez el ciclo más vertiginoso y dramático del boxeo cubano.

Otro de puños homicidas, el peso pluma cubano Ultiminio Ramos, ganó el título en Los Angeles tras un violento ko a Davey Moore, quien fallece pocos días después como resultado del castigo recibido en la pelea.<sup>10</sup> Era la noche del 21 de marzo de 1963, una fecha grande para el pugilismo de la isla. En la misma cartelera que Ultiminio masacra a Moore, otro cubano, Luis Manuel González, se corona en los pesos welter vapuleando al verdugo de Paret, Emile Griffith.

También en Los Angeles se titula el welter José «Mantequilla» Nápoles el 18 de abril de 1969, superando al veterano Curtis Cokes. Un año antes se adueña de la cima de la división pluma José Legrá, contando en la esquina con Evelio Mustelier, el gran Kid Tunero.<sup>11</sup>

Legrá, apodado Puma de Baracoa, defiende con éxito desde España el cetro europeo en varias oportunidades y en 1968 acribilla al galés Howard Winstone en Porthcawl en un combate por el título mundial. Sabiéndose campeón del orbe, Legrá se arrodilla en la esquina para dar gracias a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba. Un año después perderá la corona y vuelve a recuperarla en 1972 frente al mexicano Clemente Sánchez, peleando en Monterrey. Tras ser destronado al año siguiente en Brasilia por Eder Joffre, Legrá no quiso seguir tomando riesgos para agenciarse los frutos de sus inteligentes inversiones financieras. «Mi gran victoria es no volver al ring», proclama el pintoresco gladiador. Y así hasta el día de hoy, transformado en un portentoso empresario en territorio español.

A esta lista de imprescindibles me gustaría añadir un nombre que aunque no se tituló como astro de su división, fue considerado un retador de primer

<sup>10</sup> Ultiminio ya había cobrado otra víctima mortal en el ring en 1958: José «Tigre» Blanco.

<sup>11</sup> El Kid Tunero, de quien el novelista Ernest Hemingway era un apasionado admirador y amigo, fue sin dudas una de las glorias del boxeo cubano, un campeón mundial sin corona. Con una técnica depurada y una pegada precisa y demoledora, llegó a derrotar a cuatro campeones mundiales de los pesos completos, pero nunca tuvo la oportunidad de disputar la corona. Ezzard Charles, a quien el cubano derrotó el 13 de mayo de 1942 en Cincinnati, escribiría luego en sus Memorias: «Tunero me dio la lección más hermosa de boxeo que he recibido en mi vida». Radicado en Madrid, se dedicó a entrenador y promotor de boxeo.

orden por sus demostraciones en los principales cuadriláteros norteamericanos desde 1948: Giraldo «Niño» Valdés. En la clasificación mundial de *The Ring*, el Niño figura dos años consecutivos —1953 y 1954— como número uno, tras el campeón invicto Rocky Marciano, que nunca estuvo interesado en pelear con el supercompleto cubano de 190 libras. Pero el Niño representó algo más que un boxeador impetuoso en la vida cubana de los 50, signada por la televisión y la explosión publicitaria. Su jocosa expresividad, su gracejo inconfundible en los comerciales televisivos, inyectaron también de humor y colorido el escenario boxístico nacional, concediéndole una popularidad sin precedentes desde los días de Chocolate y Gavilán.

Pero de ninguno de ellos se habla ni se ha hablado en Cuba en estos años a no ser para denigrarlos como víctimas, frustrados «ganapanes», «metecabezas» o bongonseros de tercera línea, según el discurso oficial. Los triunfos del profesionalismo pertenecían definitivamente a la prehistoria, a las «lacras del pasado pseudorepublicano» que había que barrer.

Ciertamente el boxeo —como toda la actividad deportiva— recibió desde 1961 generosos presupuestos estatales y cooperación de capacitados entrenadores del campo socialista. Los triunfos en los campeonatos del mundo —iniciados en 1974—, olimpiadas y copas intercontinentales han sido abrumadores en los últimos treinta años. Pero la contribución de los precursores no ha contado mucho en el imaginario de la isla. Vale sólo mencionar que cuando las autoridades del INDER decidieron instituir en 1968 un torneo boxístico internacional, optaron por nombrarlo Giraldo Córdoba Cardín en honor a un mediocre peleador desconocido que dio la espalda al cuadrilátero para ir «a la cita con la patria» junto a Fidel Castro y los demás protagonistas del ataque al Cuartel Moncada, en 1953. Era comprensible que en una etapa de fuerte politización y rediseño ideológico no cabía el nombre de Kid Chocolate para encabezar una competencia del presente socialista.<sup>12</sup>

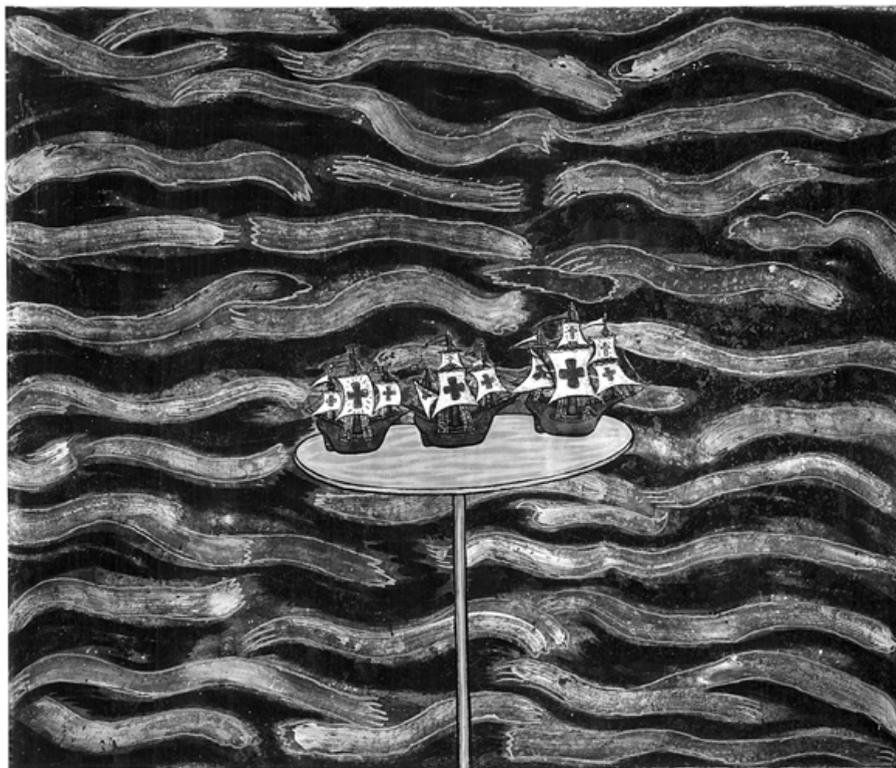
#### IV

El más reciente episodio del boxeo cubano en tierras norteamericanas se vincula al Freedom Team (FT), formado en Miami, en 1995, con un grupo de talentosos peleadores que decidieron abandonar su puesto en la selección nacional de la isla para ganarse la vida en el mundo del profesionalismo: Joel Casamayor —ex campeón olímpico de los ligeros en Barcelona'92 y el más reconocido de todos—, Ramón Garbey (ex campeón mundial), Diosbelys Hurtado, los hermanos Eliseo y Eliecer Castillo, Mario Irribarren, Juan Carlos Suárez e Iván Ledón...

<sup>12</sup> El rescate y reevaluación de la figura de Chocolate dentro de Cuba no se produce realmente hasta los años 80, cuando se publica el texto biográfico *Kid Chocolate: el boxeo soy yo (1980)*, de E. Menéndez y V. J. Ortega, y Gerardo Chijona realiza el excelente documental *Kid Chocolate (1987)*. Al inaugurarse una sala deportiva durante los Juegos Panamericanos de La Habana, en 1991, se le nombró como el as cubano, fallecido en 1988.

Sorteando el fantasma de la desintegración, el FT se ha mantenido como una promisorio cantera de campeones mundiales y aunque Luis de Cuba, su presidente, asegura que el colectivo se mantiene unido, las asperezas entre directivos, promotores y boxeadores han aflorado con preocupante reiteración. Casi finalizando 1999 los púgiles del FT entrenan atomizados en Las Vegas, Miami, California y Puerto Rico, y los pronósticos resultan inciertos para muchos de sus integrantes.

De todos, el welter Diosbelys Hurtado descuella como la figura con mejores resultados (29 victorias, 19 KO y 2 derrotas). Ha llegado ya a disputar —sin suerte— el título mundial y está clasificado quinto de su división por el Consejo Mundial de Boxeo.



*Conversation. Piece I* (1988)  
(Tema de conversación I)